

finura y la esbeltez de estilo no sólo a nivel narrativo sino en la poesía también, todo ello adobado con una alta dosis de formación académica y personal en el mundo literario.

De los traductores, y por aquello de la objetividad (cosa esta última que no alcanzo a saber qué demonios es), yo no debería decir nada porque ambos son amigos míos, pero algo diré desafiando a las rancias normas del academicismo normativo. A nadie deberá extrañar que afirme (y ello sin echar ni una sola ojeada al texto árabe, que por otro lado no tengo a mano) que la traducción es excelente, yo diría que soberbia y esplendente. La elección del léxico en español resulta exquisito y delicado, la sintaxis fluye con delicadeza, ritmo y tersura, las frases hechas, las traducciones de sobrenombres, topónimos y antropónimos (un solo caso cambiaría en estos últimos: en lugar de Luis Shaiju, yo hubiera vertido como Luis Cheijo, que es como está sobrada y bien adaptado desde hace años, aunque esto es minucia y además criticable a ciertos niveles) hacen que el texto gane en elegancia y brillo y donde el nivel de lengua aparece en todo momento perfectamente adaptado en español. No encuentro más calificativos para decir de forma más clara y con voz más alta que la traducción de María Luz Comendador y Luis Miguel Cañadas es apabullante, digna de figurar entre las mejores traducciones hechas al español; no en vano, y a este respecto, me avala el que su traducción de esa otra magnífica novela autobiográfica de Abderrahman Munif, *Memoria de una ciudad*, fuera propuesta para el 'Premio Nacional de Traducción' el año 1996.

No quiero ni puedo decir más, esperando que quien esto lea se atreva a abrir la puerta de este libro y se adentre en su interior, disfrutando como yo lo he hecho, aprendiendo como lo he hecho yo. Sólo me resta dar la enhorabuena a los dos traductores, deseando que sigan vertiendo al español todas aquellas obras de la literatura árabe que en sus manos logren encallar, y extenderla a Gonzalo Fernández Parrilla, director de la colección 'memorias del mediterráneo', por su tesón y empuje en la misma, así como a la labor traductora de los otros miembros colaboradores en los volúmenes de esta misma colección.

JUAN PEDRO MONFERRER SALA

ZAFZAF, Muhammad, *La mujer y la rosa* (título original: *al-Mar'a wa-l-warda*). Traducción de B. Molina Rueda y Z. Louassini, Madrid: Agencia Española de Cooperación Internacional (Colección "Autores Árabes Contemporáneos", núm. 20), 1997, 127 págs.

Muhammad Zafzaf es posiblemente, si no el escritor más revolucionario del panorama literario marroquí de las últimas décadas, sí al menos uno de los

que mayor grado de innovación han aportado a las nuevas tendencias de la novela árabe occidental. Precisamente fue a través de esta *Al-mar'a wa-l-warda*, cuando Zafzaf dio a conocer, allá por el año 1972 y desde Beirut, una renovada concepción de la narrativa árabe proclive al compromiso social e intelectual con el medio en que se desenvolvía la realidad magrebí circundante, e impregnada por las modernas formas de expresión de la novelística europea occidental. La influencia de Occidente queda materializada en algunos clichés y técnicas narrativas utilizadas, especialmente en lo que afecta a los pasajes dialogados, las descripciones fragmentarias –en el polo opuesto de la tradicional retórica árabe– y un cierto regusto por lo íntimo que rezuman las largas pausas en las que el protagonista desvela ante el lector sus más secretos pensamientos. Esta misma tendencia, aunque no es exclusiva del autor, continuó siendo impulsada en posteriores novelas suyas, como *Qubūr tahta al-mā'* (“Tumbas sobre el mar”, 1978), o, más recientemente, *Al-Ḥayy al-jalī* (“La vida por detrás”, 1992).

Sin embargo, hay que decir que *La mujer y la rosa* no es una novela de denuncia social, y mucho menos un reflejo del realismo circundante de una época. Más bien supone un intento de plasmar el intento de evasión del hombre –representado en un emigrante ilegal marroquí– en busca de la libertad; una libertad que, con matices y desde un evidente enfoque crítico, desemboca en escape hacia el “espejismo” de Occidente y que, aunque hoy pueda resultar paradójico, desarrolla Zafzaf –a su manera– en la Costa del Sol de los años setenta, bajo un franquismo ya muy desleído, en una España cada vez más próxima a Europa y, consecuentemente, más distante del mundo africano situado al otro lado del Estrecho.

La trama argumental, sustancialmente simple, narra las vivencias del joven Muhammad, que, huyendo de la pobreza, abandona Marruecos para instalarse de forma clandestina en un lugar de la costa malagueña. Allí conoce a otros dos muchachos europeos, Georges y Alain, que participan de su misma situación marginal, aunque no de su actitud vital, que en el marroquí, sintiéndose inferior desde el punto racial y socio-económico, aparece más reflexiva y volcada al interior que en sus camaradas. Amor, sexo, droga y una delincuencia forzada por la falta de recursos son los ingredientes que salpican la historia que se nos narra, siendo el amor –ya intuido en el título– el eje principal de la misma: un amor (*la Mujer*) reflejado en la imagen de Suze, la exhuberante danesa con quien Muhammad comparte una efímera aventura, y que reaviva hasta el final el ansia vital del norteafricano por alcanzar la meta de una libertad (*la Rosa*) que, aunque en el trasfondo narrativo se presente ajena a consideraciones dialécticas, no es otra que la que, con sus imperfecciones, evoca la realidad socio-económica occidental frente a la marroquí del momento.

Subyace en algunos pasajes de la novela, además, una eclosión de intimismo que no debe pasarse por alto y que el mismo autor se esfuerza en no reprimir, tal vez con la intención de ir atrapando al lector en una paulatina complicidad con el personaje, que va afianzándose conforme avanzan las páginas. Igualmente, hay que destacar la presencia de determinadas alusiones oníricas (destaca el largo pasaje del juicio, págs. 101-113) y otros efectos estilísticos, como las referencias reiteradas al apareamiento de las hormigas en el césped, metamorfosis de innegable evocación kafkiana. Es en algunas de ellas donde posiblemente el autor, si no en la forma sí al menos en el fondo, más cerca se halle de la tradición árabe, especialmente la cuentística, que él mismo ya trató como experiencia literaria con anterioridad.

Es posible, también, detectar en esta obra de Zafzaf un cierto componente autobiográfico, aunque no se trate en realidad de una autobiografía *stricto sensu*. Prueba de ello son, entre otros síntomas, el nombre del protagonista —Muhammad, como el del propio autor—, la denuncia más o menos encubierta de la realidad social marroquí que subyace en la historia —muy a tono con la trayectoria vital del escritor—, el eje narrativo en primera persona, así como algunos otros efectos más recónditos que tal vez guarden relación con vivencias y recuerdos de su paso por suelo español.

Ya que se trata de una novela traducida, habría que decir algo sobre su ejecución, que ha corrido a cargo de Beatriz Molina y Zouhir Louassini, ambos estudiosos de la literatura marroquí contemporánea, quienes, a pesar de la dificultad del registro lingüístico del original, han puesto su técnica y su alma al servicio de esta obra, logrando un texto bien adaptado y fácil de leer. Prueba de ello es que, cuando el lector se ha adentrado un poco en el primer capítulo, olvida fácilmente que se trata de un libro inicialmente escrito en lengua árabe.

Y ¿qué decir cara al lector de habla hispana, destinatario a la postre de esta publicación? Podría pensarse que la primera traducción castellana de *La mujer y la rosa* ha de brindar al público español la posibilidad de identificarse con el paisaje por el que discurre la historia, incrementando, además, su complicidad con las vivencias y sentimientos del protagonista. Sin embargo, la ubicación de la trama argumental en la Costa del Sol es lo de menos, ya que el autor parece haber buscado un lugar concreto con la única intención de expresar mejor el salto hacia la realidad occidental, dada su condición de lugar turístico geográficamente próximo a Marruecos. Además, el paisaje circundante, a excepción de la playa, carece de entidad propia, quedando desdibujado y carente de apariencia, cuya única misión es la de servir de mero escenario argumental.

No obstante, resulta posible entrever cómo, tal vez sin proponérselo inicialmente, lo que sí proporciona Zafraf al público en general, y al español especialmente, es la posibilidad de cruzar a la ribera opuesta del Estrecho sin moverse de Europa, aunque tal traslado virtual nada tenga que ver con lo exótico, sino mucho más con la captación de actitudes de comprensión y una posible complicidad hacia las bolsas marginales de emigrantes que nos circundan, cuya permanencia entre nosotros viene dada por la búsqueda incesante de la libertad desde esa otra orilla abrupta e implacable: la de la clandestinidad y el desarraigo.

RAFAEL PINILLA MELGUIZO